

XIII.

XIII. “MARÍA, AMOR”

Había en la ciudad una mujer pecadora pública, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro de perfume y poniéndose detrás, a los pies de Él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume. Al verlo el fariseo que le había invitado, se decía para sí: “Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora.” Jesús le respondió: “Simón, tengo algo que decirte.” Él dijo: “Di, maestro.” “Un acreedor tenía dos deudores: uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más?” Respondió Simón: “Supongo que aquel a quien perdonó más.” Él le dijo: “Has juzgado bien”, y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: “¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso. Ella desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume. Por esto te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se le perdona, poco amor muestra.” (Lc. 7, 37-48)

La iniciativa fue de Jesús. ¿Por qué te privilegió sobre las demás mujeres? Por supuesto, tú no lo esperabas. La estampa del viernes de dolores estaba todavía clavada en tus ojos y en tu alma. Todas sus heridas sensibilizaban tu mismo cuerpo. Los clavos en tus pies y las manos. Las espinas al mover la cabeza se hundían en tu cráneo. La identificación con Él había alcanzado niveles que rayaban con la histeria. Sin embargo, todo era real; lo habían visto y vivido con Él en estas tres interminables horas de la agonía, con su resonancia en ti misma: golpe tras golpe, espasmo tras espasmo. “Junto a la cruz de Jesús, estaban su madre, las hermanas de su madre, María la mujer de Clopás y María Magdalena.” (Jn. 19, 25) El último gesto había sido lo del vinagre y aquel grito: “¡Tengo sed!” que parecía un trueno que rasgaba las nubes y llamaba a todo el mundo. Aquel trago de vinagre cayó como un fuego en tu estómago y te quemó hasta el alma. Ya no sentiste el golpe de lanza porque la

vida había abandonado tu corazón y lo había dejado seco como una roca. Ni te diste cuenta del terremoto que sacudió todo el calvario e hizo tambalear la construcción del templo; cuando un pánico se apoderó de los presentes y todos se fueron huyendo, debajo de un techo de nubes grises, rayados por relámpagos; dejándoles a ustedes solos.

Al final, Él dejó de sufrir. Su rostro lavado había recuperado forma y color, y esa dignidad inigualable, que sólo podía simular el rostro de Dios pero, en ti, las llagas seguían vivas y sangrantes; el dolor insertado en cada coyuntura. Así continuabas viviendo su muerte, día y noche. “José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en su sepulcro nuevo que había hecho excavar en la roca.” Los hombres hicieron su trabajo, de prisa, para que no les sorprendiera el sábado. Para Ti era la imposible despedida. Ver su cuerpo desaparecer poco a poco, hasta que lo colocaron al fondo de la cueva. “Luego hizo rodar una gran piedra hasta la entrada del sepulcro y se fue.” (Mt. 27, 60) El trabajo estaba hecho. Esta última palabra: “y se fue”, sellaba toda una vida. Ya no había esperanza. Frente a la muerte todo se termina. Él se había ido. Ya no había luz para Él, ni para ti. Ambos habíais muerto en esa cruz, clavados con los mismos clavos, envueltos en las mismas vendas, sin respiro, con la misma frialdad de la piedra.

A pesar de que el dolor te lastimara, a cada paso, músculos y huesos, estuviste corriendo de tienda en tienda, antes de que el sol de ese viernes se apagara sangriento, sobre el mar del Carmelo. Lograste, con la otra María y con Salomé, reunir suficientes aromas y mirra, hasta el momento en que avanzó el crepúsculo marcando el límite sagrado del sábado. Todas se retiraron y tú acompañaste a la Madre Dolorosa y al discípulo “que Jesús amaba”. Alguien los vio bajar de regreso, por la vía dolorosa: Era Judas, el que le había vendido.

El sueño y el cansancio te vencían mientras rezabas con ellos los salmos, la historia del siervo de Yahveh de Isaías, las lamentaciones de Jeremías, las profecías de Daniel. La noche se hizo eterna y, al amanecer, todos habían caído, como en letargo, por el sueño, el agotamiento y la tristeza. ¡Oh! ¡Amarga fiesta de Pascua! Sin voces, sin presencia. La ausencia de Él llenaba las horas, unas tras otras, como un abismo oscuro en que se caían las palabras de Él, recordadas entre sollozos, una a una, como si se vaciaran de sentido; como si retumbaran las voces inarticuladas de un demente. Una noche se empalmó con la otra noche sin que el día intermedio alumbrara.

El Cordero Pascual había sido ofrecido (con ese último grito: “Padre te encomiendo mi espíritu que va hacia Ti.”) y había sido recibido. La sangre empapó la tierra, la calle, las rocas, pero el cuerpo estaba allí, guardado, detrás de la piedra. Algo se había detenido, interrumpido, quedado incompleto. Nadie sabía ¿por qué? Nadie sospechaba que pudiera haber una aurora, un futuro. Sólo quedaba rendir el último homenaje, embalsamar el cadáver, con todo el arte, en la forma correcta, terminar el rito de los muertos, con los rezos y las ceremonias legales con que se despiden y se entregan a la eternidad subterránea.

Al atardecer del sábado, la actividad recuperaba todo su ritmo y frenesí. Era muy corto el tiempo para todos los detalles. Todavía de noche, la madrugada, el domingo veía avanzar el pequeño manípulo de mujeres con la pesada carga de lienzos y canastos. Todo estaba listo, por fin. María Magdalena se había aprendido de memoria todos los detalles del sepulcro, desde la tarde del viernes. Mateo dice: “estaba allí María Magdalena y la otra María, sentadas frente al sepulcro.” Sentadas quiere decir desplomadas, llorando, pero sin apartar la mirada, ni por un instante, de toda la operación del entierro que llevaban a cabo los hombres.

Las heridas vivas en la carne, los ojos sobre el cuerpo introducido a la celda interior y por fin la gran rueda compacta, hecha rodar sobre la boca del sepulcro y los sellos. El Cordero estaba degollado, ofrecido, pero no destruido. Este era el momento que ellas se proponían alargar, extenderlo hasta la eternidad. Sentadas frente al sepulcro sería su posición definitiva. ¿Y qué otro lugar? A dónde ir, si el centro de su vida, el amor de su alma estaba ahí, detrás de esa piedra. Este era el único lugar en el mundo donde querían estar. Fuera de allí, sólo había vacío, sin sentido y oscuridad. La luz estaba escondida en él.

La Magdalena podía recorrer desde aquel punto toda su vida. El momento en que lo vio por primera vez y sintió caer sobre su espalda el peso de sus locuras. Había buscado el placer y el amor en todas las formas. Y lo había logrado brillantemente. Había triunfado con un tropel de amantes a sus pies: joyas, perfumes, vestidos de seda, oro y poder. Era la prostituta más importante de la ciudad. Tenía un círculo de amigas y amigos. En su casa se celebraban fiestas y eventos culturales. Acudían desde lejos literatos, artistas, oficiales romanos, comerciantes sirios, fenicios y griegos. Era el gran mundo de la farándula. Daba culto a dioses paganos: a Isis con los egipcios, a Astarte de los fenicios y Artemis de Éfeso con los griegos; hacía ritos y orgías. ¿Qué más podría desear? ¿A qué otra divinidad dedicar sus pasiones?

Por simple curiosidad, un día lo escuchó a Él y fue suficiente: Una luz brilló en su alma devota a todos los vicios. Su discurso era diferente; como que surgiera desde las raíces mismas de Israel. Despertó su dimensión mística. Era adicta a los cultos místéricos. Según ella poseía la magia de los iniciados. Su pensamiento y su equilibrio moral eran cautivadores. ¿Cómo responderle? ¿Lidiar con Él? ¿Aceptar el desafío? No era un amante más. Este deseo era diferente. Él no pedía nada, se regalaba gratis. No exigía nada, sólo era irresistible. Dentro de su corazón se abrió una herida. Tuvo que oírle, verle andar y acercarse a los miserables, realizar prodigios. Sólo pedía fe. Como quien pide permiso para hacer un favor.

María no pudo ya refugiarse en su castillo de sueños. Todos se disolvían, se iban en humo, mientras Él iba ocupando espacio en su alma. Ahí dentro, Él creció hasta que todo el resto quedó expulsado, descargado a la calle. Hasta el día en que se arrodilló delante de Él y le pidió poder creer. Ese día Él le perdonó y aceptó su rendición. Había sido una lucha épica, con asaltos y depresiones, ímpetus hacia adelante y regresos violentos. Sabía que Él la dominaba, pero no era para adueñarse de ella sino para liberarla. La fuerza que la arrastraba hacia Él era transparente como el viento. No gritaba, no sobresaltaba, sólo pedía fidelidad. Ella intuía que era algo más que un ser humano y esto la cautivaba. ¿No sería que Él escondía el verdadero misterio al que ella anhelaba?

En Caná estuvo presente en la boda, por ser familiar. Era una de estas bodas de estilo antiguo, en que toda la tribu de parientes y amigos se pasaba los días contando historias y bebiendo. No había presupuesto capaz de aguantar tal invasión. También Jesús y un grupo de discípulos se adjuntaron al final. Y fue precisamente en este último día, en el banquete de despedida cuando el precioso líquido se agotó. La madre de Jesús había estado vigilando todo el tiempo, preocupada y pronto se dio cuenta. También María Magdalena estaba al tanto y vio condensarse las nubes negras de una borrasca. Hasta pensó que podría ayudar con su propio dinero. Pero la madre del Nazareno se adelantó; Jesús con dos palabras les dio un vino nuevo: “Llenen las tinajas de agua y llévenlas al maestresala.”

Les dio vino con la abundancia con que Dios hizo caer el maná. Lo dio con una sonrisa. Estaba claro que aquello era un acto de amor. El amor viejo de la ley antigua se había agotado. Un nuevo amor, un vino mejor se derramaba

desde sus manos. No era un amor parecido a aquellos que ella había gozado y explotado. Era un amor diferente, único. Y era esta unicidad la que le cautivaba. Esta idea de un amor único empezaba a abrir brecha en su mente y a revolver los sentimientos de su corazón. Pronto fermentaría como el mosto nuevo. Ahora ya conocía al joven Maestro y conocía a su madre. Le hizo preguntas: ¿Cómo es Él? ¿Cuál es su doctrina? Ella no la rechazó, no le demostró desdén ni indiferencia. “Mi hijo predica el perdón de los pecados.” El amor único empezaba a tener forma y color: amar y perdonar. A la primera, lo consideró inaccesible. Luego meditó que nunca entraría a ese único amor si no abandonaba detrás de sí toda su historia y se aferraba a este vino nuevo.

Se sentía como un pájaro recién empollado, debía romper la cáscara del pasado, volver a nacer. Jesús bautizaba a orillas del Jordán como lo hacía Juan el Bautista. Ella también se presentó entre los pecadores. En el agua se sintió humillada, despojada. Pero la mirada de Él era de fuego y sus palabras acariciaban el alma. “Si tienen fe, sus pecados están perdonados.” Fue un duro comienzo. Ella entendió que era un camino, sólo el comienzo de un camino. Los demonios, expulsados, regresaban uno a uno con suaves mentiras. Había que cerrar todas las puertas. ¿Sería Él su amor único? ¿Único para siempre? María le estuvo escuchando, día tras día; se mezclaba con los discípulos más cercanos. Ellos no la rehuían. A pesar de su mala reputación que era notoria, una mujer pecadora. Alguien le dijo, todos somos pecadores. Ella sabía que era más pecadora que todos. Su caso era único, pero también sería único su amor.

Empezaron a acostumbrarse a ella, tan perseverante y tan exigente. Había cerrado su gran casa de prostitución; había quemado todos los ídolos. Los viciosos la extrañaban; las personas de alta clase no creían en su repentina conversión pero, los discípulos, bajo el amparo del Maestro se sentían seguros. Sobre todo se acercaba a Juan, ese jovencito hermano de Santiago, quien había abandonado al Bautista para seguir a Jesús. Todos sabían que era el predilecto, el que mejor le entendía. Juan le interpretaba a María esas palabras difíciles. Como que a él no le costaba nada entender el mensaje de Jesús y traducirlo a la práctica. Pero, en ella, ese mismo mensaje luchaba contra los siete demonios que la habían dominado. A cada momento estaba en peligro de volver a sucumbir. En las noches de penitencia y oración, revivían los antiguos fantasmas, ostentando cara de felicidad, sus alegres fiestas despreocupadas y bullangueras, sus adoradores derritiéndose en adulaciones y deliciosas mentiras.

El inconsciente brotaba dentro de ella con el arrojo de toda la naturaleza y la desfachatez de su inmoralidad. Escasamente, al regresar entre los apóstoles, volvía a recuperar su equilibrio psíquico y la paz. A través de Juan, ella entró al corazón del Maestro. No había otro discípulo más atento, más constante, más preciso y preocupado por ella. María Magdalena todo lo quería saber y entender. Para esto, Juan era su repetidor perfecto. Para ella, Juan era el hijo maravilloso que siempre había soñado, pero que Dios, por sus desórdenes, no le había regalado. Y éste tampoco le pertenecía, porque ya era posesión de Él. Sentía que sólo lo amaba para Él. Su corazón, tan ególatra, se había ensanchado; amando al Maestro incluía también a los demás. Los apóstoles la respetaban como una digna compañera. A María, la madre del Señor, tan mística y espiritual la veneraba como una hermana mayor y ella le correspondía con toda su bondad y hasta le confiaba pequeñas tareas, fiándose de su gran experiencia de mundo.

Ya las mujeres estaban organizándose, para conformar un grupo paralelo al de los doce y la Magdalena nunca faltaba. “Le acompañaban los doce y algunas mujeres, que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades. María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes; Susana y otras muchas, que le servían con sus bienes.” (Lc. 8, 2) Eran las mujeres ricas, juntas con los varones pobres. Ellos eran los elegidos, a ellas sólo se les soportaba. Todas estaban enamoradas de un sólo hombre; pero no había envidias. Él estaba demasiado transformado por el espíritu, demasiado elevado sobre lo terreno, los amores no se cruzaban en Él. A pesar de todo se daba a cada una. ¿Quién lo recibía más? Dependía de la capacidad de acogida de cada alma. Algunas se sentían felices, no pedían más. Pero María no estaba conforme. Era su tormento. ¿Amarle sólo a Él para siempre? Muchas veces había amado en el pecado. A Él debía amarlo en la gracia, en el Espíritu. Era su angustia insoportable. La imagen de la pecadora la perseguía. Había que rechazar nuevas ofertas, incorporar nuevos sacrificios, caminar detrás de Él sin cansarse y seguir oyendo ese mensaje bello y duro. Rezar como Él en las noches, cuando retirado en un monte conversaba con el Padre.

Hasta que un día no pudo más y quiso dar un espectáculo, crear un escándalo que manchara, de una vez para siempre, su vieja imagen. Estaba Él cenando en la casa lujosa de un letrado importante. Era su misma sociedad, la sociedad

adinerada, religiosa e hipócrita. Se presentó la pecadora en el momento ambiguo de la fiesta, a proclamar delante de todo el mundo su gran amor. Todos sabían que Jesús era santo y que su imagen no iba con la de la pecadora. Algo golpeó a toda la concurrencia. Un murmullo de indignación corrió entre los invitados, fariseos, sacerdotes, escribas y doctores de la ley. Hasta su anfitrión tuvo que trasparentar su enojo. Había aparecido la Magdalena, enojada y en su espléndido atuendo de pecadora. “Había en la ciudad una mujer pecadora pública, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, tomó un frasco de alabastro con perfumes y poniéndose detrás, a los pies de Él comenzó a llorar y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume.” (Lc. 7, 37-38)

Tú llorabas por la vergüenza, tus lágrimas caían sobre los pies de Él. Tú le decías tu decisión de amar, de renunciar a todo pecado. Estas lágrimas significaban mucho: arrepentimiento, voluntad, conocimiento y amor. Aceptaste entonces su amor único. Tus cabellos cayeron sobre sus pies y los lavaron y secaron. Derramaste perfume para que nadie dudara de que tú lo amabas. Él no se sintió humillado de ser amado por ti. Dijo claramente que se te habían perdonado muchos pecados, por esto le demostrabas tanto amor. Y puso el caso de dos deudores. ¿Cuál amaría más? Aquel a quien se le perdonara más. Ella tenía muchos pecados y todos le fueron perdonados. ¿Quién podrá detener ahora la avalancha de su amor? Y tenía razón. ¿Quién detendría ahora tu amor único? Tus pecados habían sido destruidos. Ahora Él también te demostrará su amor. Proclamó delante de todos la santidad de tu alma. “Por eso te digo, que quedan perdonados sus muchos pecados, porque muestra mucho amor.” (Lc. 7, 47) El perdón blanquea; el perdón reconstruye. Tú serías digna de ser amada con el amor que viene del Padre.

Y repitió: “Tus pecados están perdonados”, delante de todos aquellos sacerdotes, escribas, doctores y fariseos. Todos estaban horrorizados. Ellos no tenían fe. Jesús era tan sólo un hombre, por cuanto sabio e iluminado. Y ningún hombre sobre la tierra poseía el poder exclusivo de Dios. Las últimas palabras de Jesús fueron un destello de luz celestial: “Tu fe te ha salvado. Vete en paz.” Quienquiera que crea en mí tiene el perdón y, con el perdón, la paz. En este momento y delante de todo el mundo te proclamó su discípula. Tu amor único te dio su respuesta. Tus pecados nunca rebotaron sobre Él. Pero Él sabía que ese perdón lo condenaría a muerte. Amor único, por amor único.

Por esto fuiste la primera en verlo resucitado. Te lo debía. Por eso su madre te asoció a su amor. Por ello estabas con María su madre y Juan cerca de la cruz. Ella, en el momento cumbre de la historia, se apoyó en Juan, el discípulo inocente y santo, en el que el corazón de su Hijo confiaba todos sus secretos y la Magdalena la primera alma convertida, perdonada y enamorada sin reservas.

Tres amantes únicos tan diferentes, quienes vieron penetrar la punta de la lanza y destrozarse su corazón. Mucho antes que Tomás lo repitiera, exclamaron con fe: ¡Mi Señor y mi Dios! Dicen los intérpretes que, en aquel momento, Tu presencia delante de la cruz, simbolizaba la comunidad de los simples creyentes, la iglesia nacida del costado abierto. Tú no sabías nada de esto, sólo sabías que este muerto era tu amor único, nunca antes había habido otro semejante y nunca habría otro después.

Este largo recorrido de su vida, había reconducido a la Magdalena a la dura realidad, frente a la piedra colocada ante el sepulcro. Y ella sumida en una inmovilidad querida, desesperanzada, definitiva. Estabas tan inmóvil como la piedra que había sido sellada y a través de la cual pasaba el hilo invisible de tu amor. Este sería tu destino, en el mismo suelo, frente a la misma piedra para siempre. Pero no existe en Dios el “para siempre”, en Él sólo está el presente, el ahora. En este presente, el Cordero ya recibía el homenaje de la comunidad celestial. Tú tendrás que ir a buscar los aromas y Él te esperará hasta el domingo en la mañana para dejarse ver y consolarte; iluminarte con una verdad totalmente nueva: la del resucitado. La última en verlo muerto, sepultado, y la primera en reconocer su gloria.

Hubo en el medio, esta terrible noche de cuarenta y ocho horas. Estaba con Juan y María su madre y la hermana de María. Sólo su madre sabía que Él iba a resucitar. Tampoco Juan recordaba habérselo oído. Tú lo veías muerto y esa imagen te bloqueaba y te impedía pensar. Su madre lo sabía pero el dolor de la humillación y de las torturas de Él le impedía hablar. Ella continuaba sufriendo los tormentos de su Hijo, golpe tras golpe y llamando al Padre, a Dios. Tú, que sentías en el alma la devoción de todos los futuros creyentes, sólo sabías de su muerte. Un amor ido para siempre; a guardar en el secreto de la memoria. Tú repasabas ese andar por los pueblos, su discurso fascinante, su bondad con los enfermos, los pobres y los niños. Nada podías ver en esta oscuridad sin fin, porque las lágrimas te hacían un velo gris. Sólo acompañabas a tu amor que

urgía en las tinieblas e intentaba ver lo invisible, mientras su imagen de cadáver abandonado se diluía, cada vez más pálida y confusa, como negándose a sí misma. ¡Ya no puedo verlo muerto! Siempre me regresa vivo: en la noche de la cena; en el largo discurso de despedida; confundiendo con el Padre.

Lo veo a la orilla del lago predicando desde la barca de Pedro; lo veo distribuyendo los panes para que miles los coman; lo veo en el templo encendido de celos por el culto del Señor; lo veo llamando a Lázaro fuera del sepulcro; levantando paralíticos de sus camillas; ya no puedo ver su cadáver, no puedo verlo muerto. María Magdalena, experimentaba ahora la vergüenza de estar cerca de la Santa Madre, la purísima, la cariñosa, la fiel y constante discípula, la que había atraído a Jesús a todos sus familiares, la que protegía a Pedro y los doce. Yo he sido exactamente lo opuesto: la egoísta, la lujuriosa, la soberbia, atropelladora, vengativa, perezosa, perversa, envidiosa, mentirosa, avorazada de bienes y de poder. Ahora que mi amor único se ha ido, ¿qué haré? Tengo miedo. ¡Mi pasado, anterior a Él, recobrará todo su hechizo acaramelado! Se sentía perdida. Las tinieblas habían llenado el sepulcro y su alma al mismo tiempo. Apenas los gallos habían cantado, poco después de la media noche, ella había despertado las otras mujeres y amigas y se habían cargado los bultos de la embalsamación.

Caminaron a ciegas, tropezaban con las piedras de la calle, mientras la luna estaba cayendo en el horizonte, esto lo hacía todo más oscuro. Con una propina, convencieron a los guardias de la puerta de la ciudad para que las dejaran pasar. Iban a embalsamar un muerto y esto era suficiente para inspirar a los centinelas un sagrado terror. Oyeron el estruendo como de terremoto, al dar la vuelta a la peña del calvario para encontrar el sepulcro. La sorpresa les dejó pasmadas: la entrada del sepulcro se veía como un hoyo negro en la oscuridad. El sepulcro abierto, abandonado. Una extraña emoción indefinible que podría ser temor, indignación o, bien, podría ser una oscura esperanza que las embargaba. Los canastos de los aromas se deslizaron de sus manos. Quedaron como clavadas frente a ese vacío. ¿Qué significaba? ¿Un robo? La roca se había rajado de arriba abajo y la rueda de piedra, tirada por el suelo. Entonces, se acordaron del temblor. ¿Tendría que ver con esto? Sin duda, la tumba estaba violada y su interior abierto. María Magdalena fue la primera en recuperar sus sentidos. En seguida, pensó en Juan y en Pedro; era necesario avisar a los apóstoles.

Sus energías, todavía jóvenes, le regresaron con ímpetu. Ella no pudo ver ángeles, sentados en la gran piedra, ni las vendas en el cuello, sólo vio el vacío, el terrible vacío desolador. Sus planes de cariño y de trabajo se desbarataron. Nada tenía ya sentido. Podría echarse a dar gritos como una loca. Sólo enmudeció y corrió cuanto pudo. Quizás ese esfuerzo le hizo bien. Volvió a respirar, a tropezar con las piedras de la calle; era un modo de regresar a la realidad del mundo. En la transparencia de la alborada, vio los primeros tenderos abrir sus esteras y colocar la mercadería en las aceras. Empezó a sentir, antes que ver, que el mundo seguía existiendo, que las casas eran verdaderas casas y las puertas se abrían y chirriaban como siempre y las cabras eran empujadas por las callejuelas empinadas, para que las ordeñaran. También Pedro y Juan eran reales: escucharon el mensaje y, de una vez, buscaron el camino para el sepulcro. “¡Han robado al Señor!”... y se quedó con esta idea que se le había clavado en la cabeza. ¿Cómo buscarlo?

María tuvo que detenerse, la sangre le golpeaba en las sienes y casi no podía respirar. Cuando pasó cerca de la puerta del templo llamada la Bella, la gran hoguera estaba prendida y su llama se reflejaba en un techo de oscuridad. Pensó en el Padre cuya presencia animaba el holocausto; pensó en su amor doblemente perdido y desaparecido. Rezó el salmo cincuenta mientras caminaba despacio, sin un destino fijo. ¿Qué podría desear? ¿A donde ir? ¿Si Él ya no estaba allá, dónde lo habrían puesto? Había oído que Judas se había despeñado por un acantilado y en la caída se habían reventado sus entrañas. ¿Qué más da ahora? No hay diferencia entre buenos y malos, ahora que Él no está. Empezó a llorar otra vez. Era un llanto sin dolor, desesperado, sin sentido. Sus lágrimas caían sobre las mismas piedras y se mezclaban con las manchas de sangre de donde Él había pasado con la cruz.

Pero esas manchas negras no decían nada, sólo hacían más grande el vacío. Él ya no estaba donde debía estar. Simplemente cayó en lo profundo de la nada. No vale la pena buscarlo. A pesar de todo, sin quererlo, sus pasos la regresaron hacia el sepulcro. Ahora, la puerta de Cesárea de la muralla estaba abierta y pudo ver las tres cruces sobre la roca del calvario pero no le recordaban nada. El mundo no era nada sin Él. Lentamente se encontró otra vez, frente a la boca oscura del sepulcro. Vio la piedra corrida y se asomó hacia dentro. Sus ojos no podían ver, pero había una luz. Algo blanco brillaba en el suelo. Afuera estaban las canastas tiradas; adentro las vendas en el suelo. ¿Quién le descifraría este enigma? Se quedó sentada delante de la tumba, exactamente

como el viernes que pasó pero, entonces, estaba Él adentro; ahora sólo estaba frente a la nada, al deseo de su presencia.

Sus ojos estaban resecos, apenas podía ver. Oyó palabras que no pudo descifrar. “Estaba María llorando afuera, junto al sepulcro”. Y mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro. Y ve dos ángeles de blanco sentados, uno a la cabecera, otro a los pies donde había estado el cuerpo de Jesús. Esa visión no podía ser más borrosa. María no estaba de ánimos para ver visiones, ni escuchar. Sólo tenía una pregunta. Sólo esperaba una respuesta a esta pregunta. Ellos le preguntan: “Mujer, ¿por qué lloras?” Ella les responde: “Porque se han llevado a mi Señor y no sé donde le han puesto.” (Jn. 20, 13) No vio ángeles, ni entendió, ni pensó; sólo repetía lo que tenía en su mente. Dicho esto, se volvió. No importa si son soldados o ángeles o demonios. Ella sólo tiene una pregunta que hacer: ¿Dónde? Dónde, significaba lejos, escondido, perdido, imposible de alcanzar. Y Jesús estaba demasiado cerca para poderlo ver. Jesús estaba allí, pero no sabía que era Jesús. No lo sabía ni lo podría creer, a menos que pudiera tocar su cadáver, medir sus espaldas, sentir el peso de su cuerpo muerto.

Le dice Jesús: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?” Era la voz de un extraño y era la palabra de un extraño. Su amor nunca la llamaría “mujer”. Su alma estaba agonizando en el fondo del abismo. Estaba demasiado lejos para oír el llamado de la vida que vibraba en esta pregunta. La frase le sonaba como muy repetida para poderla contestar. ¿Contestar qué? Ya no estaba segura a quién buscaba. ¿Quién? ¡Si Él no existe en ningún lugar! “¡Mi amor único!” “La luz de mi vida se apagó.” Ya nada importa. A pesar de todo, casi mecánicamente, todavía suplica: “Señor, si tú le has llevado dime dónde lo has puesto y yo me lo llevaré.” Ella sigue hablando de un cadáver, de un muerto que los vivos llevan de un lugar a otro, que pueden robar, destruir o abandonar. Ella se identifica con ese modo de ser de la muerte; la cosa muerta, abandonada por Dios y por los hombres, la cosa inútil que hay que esconder. Piensa que su esperanza de recuperación es una mera ilusión. Se contentaría con obtener esa cosa sin vida, sin fuerzas, sin figura y sin forma; sólo para conservar el recuerdo, recuperar la memoria de su amor único.

De repente se transforma el sonido de esa voz y hace vibrar un eco inconfundible dentro de ella. Jesús le dice: “María.” Es el mismo sonido, la misma voz, el mismo nombre que nadie podía pronunciar de ese modo, más que Él. Cuántas

veces había oído ese nombre, pronunciado con ese tono que la hacía sobresaltar; ¿en estos labios, con este sentido? Abre sus ojos, la boca y el corazón; su alma regresa a la vida. Lo reconoce y exclama “Rabbuní” (Maestro) con todo el amor y con todo el respeto. Tal es el poder del amor, hacer vivir a los que están muertos. Sé que es tu voz, pero no sé quién la envía. Sé que es una ilusión, pero es la más maravillosa de las ilusiones. María entona el cantar de los cantares: “Mi amado es para mí y yo para él.” El que pronuncia ese nombre significa: saber, comprensión, perdón y amor. ¿Qué realidad posee? Los muertos no hablan; son cosas pasadas. Pensé que el jardinero me daría una respuesta. Pero este nombre es una palabra que viene del Señor. Es un nombre de la Escritura. El arameo de Galilea sería muy vulgar. Le hablaré en hebreo que es la lengua de la Escritura: “Rabbuní.” Maestro, ¡sigue llamándome!

Se encuentra frente a Él: No es un muerto; no es un hombre; no es el Cordero degollado. Entonces, ¿qué es? Es necesario inventar una palabra: Es el Resucitado. María está ganando la superficie, desde las profundidades, por encima de las rocas, por encima de todo lo humano. Se eleva hasta este nuevo ser que se llama “la vida con el Padre”. ¡Resucitó! Esta palabra nunca ha existido; ha sido inventada por Él, ha sido encarnada en Él. Él es la resurrección y la vida. Mi amor único vive, ha traspasado el umbral de la muerte; ha entrado en ese mundo desconocido, me invita a asomarme a él. María iba despertando como de un sueño aterrador, una realidad nueva se iba descubriendo. Como en trance, contemplaba a su Señor. Hubo un largo intervalo. Jesús le hablaba, pero nadie recogió sus palabras. Sólo María iba bebiendo la vida que caía de sus labios. Se quedaron en el fondo de su alma como para sentar los cimientos de una nueva vida. Allí se quedaron. Ningún evangelista tuvo la suerte de conocerlas y repetir las. Ha sido su secreto, del amor único, para siempre.

¿Qué sintió en su corazón? ¿Pánico? ¿Abandono? Lo miró como petrificada. Sin duda, era Él mismo, Jesús. ¿Pero qué significaba? De repente pasó de la extrema depresión a la extrema exaltación. Y cayó a sus pies como aquella primera vez y se arrodilló adorando a Dios como lo hizo el ciego de nacimiento en el templo. Tocó sus pies; eran de verdad, sólidos, tenían calor. Otra vez sus lágrimas cubrían estos pies. Otra vez sus cabellos sirvieron para enjugarlos. Estos conservaban las huellas de los clavos; sólo un recuerdo, sanos y vibrantes; apenas rozaban el suelo. Abrió los ojos y vio sus manos, sus bellas manos que habían dado la vista a los ciegos, hecho caminar a los lisiados, que habían

levantado de la muerte al hijo de la viuda de Naím, a la niña de Jairo y a Lázaro; también tenían en sus puños las aperturas de los clavos.

Sólo su cara no tenía rastro del dolor, ni heridas de espinas, ni manchas de sangre. Era su verdadero rostro, limpio y profundo. Sus ojos emitían una luz interior. No era un fantasma, era de carne y hueso; pero todo su cuerpo resplandecía de una aura suave, una luz que emanaba desde el más allá. Ella repitió: Mi Señor y mi Dios. Ella también estaba en el más allá; a pesar de encontrarse Él ahí frente a ella. Sólo lentamente y poco a poco iba saliendo de su sueño; poco a poco entró en este nuevo ser, el ser de la salvación. Su único amor es ahora el amor para todos. Nunca había sentido celos, a pesar de su entrega absoluta: Ahora sabía que era el amor de verdad; el amor a secas, el amor del Padre.

Un sentimiento desconocido, de seguridad y de verdad, la iba penetrando, cubría su piel, sosegaba sus nervios, ablandaba la tensión de la mente. Él volvió a pronunciar su nombre con toda la carga de amor de siempre. Su nombre en los labios de Él, era el momento de la unidad entre los dos. La felicidad había borrado el miedo y la esperanza; la presencia todo lo inundaba. Era la sensación de recuperar lo terreno. Ella venía de regreso desde el más allá, hacia el mundo de las cosas pasajeras, solo Él no cambiaba, pertenecía a ambos mundos al mismo tiempo. ¿Era esto la resurrección? “Dícele Jesús: Déjame, que todavía no he subido al Padre.” (Jn. 20, 17) María pensó: ¡tan poco tiempo! ¡Pero estás vivo; entre nosotros! ¿Qué significaría eso de que no he subido al Padre? ¿La separación definitiva? Entendió que las sorpresas, con Él, no se habían terminado y aceptó el encargo. Ella estaba todavía en este mundo, no podía negar la distancia. “Vete donde los hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.” La visión cesó.

Donde Él había estado sólo se veía la entrada del sepulcro, inmóvil, abandonado, descompuesto, como la escena vacía de un teatro al terminarse la representación. La presencia permaneció en ella y la acompañó hasta que llegó a la casa donde Pedro y Juan y los doce: “Fue María Magdalena y dijo a los discípulos: He visto al Señor y que le había dicho estas palabras.” (Jn. 20, 18) Un sepulcro vacío, una visión y un mensaje, nada consistente para que ellos también creyeran en la resurrección. Ellos no estaban en disposición de creer. Su sentimiento dominante seguía siendo el miedo... a la flagelación, a la corona de espinas,

miedo a los clavos y a la cruz, al sepulcro vacío. Las noticias les llegaban sin hacer mella en ellos; eran como las noticias de los periódicos: mensajes de otros planetas: Jesús estaba muerto para siempre.

Fue donde la Virgen María. Ella estaba orando, raptada en una visión celestial, en su cara se reflejaban los resplandores de la eternidad. Nadie se atrevió a interrumpirla. María se quedó con su secreto a voces, en el que nadie creía. Pero la presencia de Él seguía llenándola, el mundo había vuelto a nacer, una nueva creación estaba transformando el rostro de la humanidad, de pecadora a salvada. Noé volvía a bajar desde el arca, con todo su séquito para poblar este mundo nuevo. El mundo se veía joven, tan joven como el Resucitado. No importaba si todavía quedaban cadáveres del diluvio. La paz había brotado; el ramo de olivo en el pico de la paloma podría ser el símbolo del Espíritu Santo, el cual renovarí­a la faz de la tierra.

Tú, María, anduviste por toda la ciudad, buscando huellas de Él, del resucitado. Pasaste por la vía dolorosa, las manchas de sangre en las piedras brillaban como gotas de oro, llegaste al calvario; esta peña estaba invadida de gente, peregrinos de todo el mundo, arrodillados rezando y adorando, meditando sobre su último suspiro. El nuevo comienzo tenía su fundamento, su piedra angular. “He aquí que yo pongo por fundamento en Sión una piedra elegida, angular, preciosa y fundamental, quien tuviere fe en ella no vacilará.” (Is. 28, 16) Atraería creyentes desde todos los rincones del mundo.

Tú estabas poseída por Él y tenías deseo de gritarles: ¡Alégrense, resucitó! Está dentro de cada uno de ustedes. Esta sería tu última tarea, como testigo del amor resucitado. Sería una tarea permanente para toda la vida, predicadora del amor y de la fe en Él. “Porque los montes se correrán y las colinas se moverán, mas mi amor de tu lado no se apartará y mi alianza de paz no se moverá.” (Is. 54, 10) Su triunfo será eterno y alcanzará todos los pueblos. “Te voy a poner por luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra.” (Is. 49, 6) Tuviste el privilegio de ser la primera testigo y la primera creyente del resucitado. Millones te recordarán, te seguirán y te tendrán envidia.

En tu recorrido, tras la huella del resucitado, te encontraste con las mujeres que te habían acompañado al sepulcro: Susana, María la de Santiago, Juana de Cusa y Salomé, junto con María su madre y las demás mujeres que habían

visto a Jesús resucitado. Unidas por el mismo amor formasteis la primera hermandad cristiana, el primer grupo de la iglesia creyente en Jesucristo, el Resucitado. Tuvisteis el encargo de transmitirles el mensaje a los apóstoles; sin embargo, aquellos no os creyeron, no las consideraron testigos autorizados. Quizás sufrieron las mismas penas, padecieron los mismos miedos y dolores pero no tuvieron el mismo amor. Pero Jesús no se guiaba con los mismos criterios. También en esto Jesús innovaba las costumbres y la prueba nos la da Marcos: “Estando a la mesa los once discípulos se les apareció y les echó en cara su incredulidad y su dureza de corazón, por no haber creído a quienes le habían visto resucitado.” (Mc. 16, 14) Antes de despedirse, Jesús quiso proclamar que la medida de la fidelidad es el amor, del que ustedes habían dado la máxima prueba.

¡Oh, María! En el banquete de Lázaro, en Betania, pocos días antes de la Pasión, como Tú lo habías hecho, en la cena de la casa del Fariseo en Galilea, otra mujer, una joven inocente, María hermana de Lázaro, derramó perfume sobre sus pies, en declaración de amor. Ambos amores fueron aceptados y consagrados. Pero cuando Tú lloraste sobre sus pies de resucitado, frente al sepulcro vacío uniste la penitencia con la inocencia y asociaste tu vida a la gloria del Hijo de Dios, para siempre. Tu vida será modelo para hombres y mujeres de todos los tiempos, quienes al corregir una vida de pecado, reconozcan al Maestro en el Hijo del hombre y blanqueen sus almas en la sangre del Resucitado.